

A lo largo de más de un siglo, Grau ha sido colmado de elogios y homenajes de propios y extraños que se han inclinado, reverentes, ante su gloria en la guerra y sus virtudes cívicas en la paz. Su vida, que fue dura y triste en varios períodos, fue al mismo tiempo ejemplar y, por eso, Grau es el Peruano del Milenio, el Caballero de los Mares y otros honrosos títulos que resaltan sus virtudes.

EL LIDERAZGO PERDURABLE DE GRAU



For over a century, Grau has been praised and honored by many, both compatriots and foreigners, who have bowed reverently before his glory in war and his civic virtues in peace. His life, which was hard and sad at times, was also exemplary, making Grau the Peruvian of the Millennium, the Knight of the Seas, and other honorable titles that highlight his virtues.



López Martínez, H. (2024). El liderazgo perdurable de Grau. Revista *Pensamiento Conjunto*, Año 12, N° 1. pp. 26-40. ISSN° 2707-367X

Fecha de recepción: 23 de mayo de 2024

Fecha de aceptación: 17 de junio de 2024

Fecha de publicación: 30 de junio de 2024



Doctor Héctor López Martínez

*Historiador. Doctor en Letras en la especialidad de Historia y Geografía por la Universidad Católica. Con especialización en la Universidad de Sevilla (España) y estudios completos de Derecho. Catedrático en la Universidad Católica, en la Universidad de Lima y en la Universidad Ricardo Palma. Es miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, del Instituto Riva Agüero y de otras instituciones académicas del país. Es miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España. Es autor de más de un millar de artículos de carácter histórico en *El Comercio*. Condecoraciones: Palmas Magisteriales del Perú, la Orden de Isabel la Católica de España, la Orden de la Educación de Bolivia, la Gran Cruz de la República de Taiwán, la Orden de la Amistad del Imperio del Japón. Cruz Peruana al Mérito Naval en los grados de Oficial y Comendador, con distintivo blanco y Medalla Naval de Honor al Mérito por servicios excepcionales. Orden al Mérito por servicios distinguidos en el grado de Gran Oficial que otorga la República del Perú.*

Desde que se inició la Campaña Naval de 1879, más precisamente a partir del combate de Iquique y el desastre de Punta Gruesa, el monitor Huáscar, al mando del capitán de navío Miguel Grau, dio comienzo a una verdadera gesta que duraría cinco meses, tiempo durante el cual pudo evitar a base de audacia, conocimientos náuticos y velocidad de su buque, un encuentro definitivo con los poderosos blindados chilenos, Cochrane y Blanco Encalada, incursionando exitosamente en los puertos enemigos, destruyendo embarcaciones menores y, sobre todo, convirtiéndose en una suerte de fantasma marino que aparecía y desaparecía ante el estupor temeroso del adversario y el creciente fervor y aplauso de nuestros compatriotas.

Fueron esas hazañas las que llenarían de admiración y asombro al historiador venezolano Jacinto López quien, a propósito de ellas, escribió:

En el carácter especial de esta guerra, en que el más débil fue llamado al mayor esfuerzo, a la mayor acción, a la mayor iniciativa, a las mayores virtudes y a los mayores peligros, a superarse a sí mismo, en suma, y a contrarrestar por la superioridad de su esfuerzo la superioridad material del enemigo, a hacer, en suma, lo que el enemigo, aunque más fuerte, no era capaz de hacer, el grande espíritu que había en Grau encontró la oportunidad de su revelación. La guerra no hizo a Grau sino que lo reveló. En él había un predestinado, un héroe de la eternidad. Su audacia, su determinación, su valor, su inspiración, su generosidad, su nobleza, su facultad de realizar siempre lo inesperado, lo imprevisto, lo increíble y lo impo-

PALABRAS CLAVE: GRAU, LIDERAZGO, GUERRA DEL PACÍFICO, 1879, CHILE, BOLIVIA, HISTORIA MILITAR.

KEYWORDS: GRAU, LEADERSHIP, PACIFIC WAR, 1879, CHILE, BOLIVIA, MILITARY HISTORY.



sible; la suprema proeza y el supremo servicio de guardar él solo con su frágil nave, que su genio y su heroísmo habían hecho legendaria, pero que en verdad estaba desarmada, porque carecía de artilleros y su solo poder ofensivo efectivo estaba en el espolón; su obra toda en la guerra; su heroica y terrible muerte, en fin, bajo los fuegos de los dos acorazados chilenos en el encuentro tanto tiempo evadido y a la postre inevitable, fijan su papel y su personalidad en esta guerra como un texto clásico, singular, aislado, único, para el aprendizaje y la educación de las generaciones en la belleza heroica del espíritu humano y en la concepción de la gloria y de la inmortalidad. Esta herencia, la herencia del Huáscar, la herencia de Grau, es incomparable en su valor permanente de elevación y transfiguración (López Jacinto, 1979).

En ciudades y pueblos del Perú y Bolivia, el país aliado, poco a poco fue creciendo, con inusitada fuerza, el hondo y firme sentimiento, unánimemente compartido y contrario a la realidad y a la lógica, que Grau y el Huáscar eran invencibles y que gracias a ellos se ganaría la guerra. El 2 de octubre de 1879 La Opinión Nacional, diario muy cercano al gobierno de Mariano Ignacio Prado, decía:

Todo hace creer que nos acercamos a la hora decisiva: Chile, después de cuatro meses de inercia, que le cuesta ya derrotas y humillaciones, parece que pretende comenzar la guerra trayéndonos sus legiones invasoras. Su pueblo que ha visto diezmadadas sus tropas cada vez que se han puesto al alcance de nuestros rifles, hundidos o destrozados sus buques en todos los encuentros navales con nuestra heroica flota, en fuga, rendidas o apresadas sus naves por las nuestras; que ha visto, en fin, pasear nuestro pabellón por sus propias aguas, notificándoles el hidalgo valor de quienes lo defienden y lo honran en los combates leales, en vez de bautizarlo con el humo de los incendios alevosos o de los asesinatos cobardes, ese pueblo, quiere ya jugar el todo por el todo, y obliga a su

Gobierno a que se aventure en la última partida de desesperación.

A continuación añadía:

Entre tanto, otra es y muy distinta, la situación del Perú: estamos satisfechos de nosotros mismos y de nuestros guerreros; de nuestros mandatarios; estamos sumidos en la santa confraternidad del patriotismo; estamos aliados a la nación ofendida, por la que tuvimos siempre ardientes simpatías y con la que marchamos juntos por el camino de la victoria; estamos listos para la batalla, donde se nos provoque o donde aparezcan los enemigos, y por último, nuestros marinos y nuestros soldados tremolan con orgullo ese bicolor ante el cual ha huido, se ha arreado o ha sucumbido la odiosa enseña chilena.

En esta nota hay exagerado optimismo sobre nuestras posibilidades de victoria. Lo real era que la captura del transporte chileno, Rímac, marcó un punto de inflexión en la actitud del gobierno y pueblo chilenos. La Moneda tomó una resolución implacable: había una máxima prioridad y esa era destruir al Huáscar, todo lo demás pasaba a un segundo plano. El historiador chileno, Villalobos (2002), refiere:

Los blindados tenían reducido su andar a causa de las adherencias en sus cascos y por el deterioro de sus máquinas, necesitadas de una revisión y ajuste. Por esa razón, como señalaría, una vez iniciada la guerra, el jefe de la escuadra, Juan Williams Rebolledo, no se podía dar caza al Huáscar, quedando reducidas las acciones a capturar transportes, hostilizar y bloquear puertos. Fue necesario, a los pocos meses, cambiar las calderas de la Chacabuco, la O'Higgins y la Magallanes, recorrer y limpiar las máquinas y fondos de tres transportes armados en guerra. El Cochrane debió ingresar a un astillero en Valparaíso, quedando en excelentes condiciones. Sus fondos fueron limpiados y se le cambiaron 1200 tubos de los 1800 de las calderas, que estaban inutilizados por las incrustaciones. Don Aníbal Pinto quedó horrorizado cuando un amigo



le llevó desde Valparaíso un trozo de hollín petrificado de los tubos del Cochrane. El Blanco Encalada también fue sometido a limpieza del casco y se le hicieron reparaciones incompletas en Mejillones, encontrándose en los tubos de sus calderas diversos tipos de mariscos, entre ellos choros de dos pulgadas. Solo entonces la supremacía naval de Chile fue un hecho y la campaña marítima tomó impulso.

Gracias a esta prolija limpieza de los blindados el Huáscar dejó de tener la ventaja que tanto lo había beneficiado hasta ese momento, una velocidad superior. Por otra parte, no menos importante, los blindados chilenos quemaban carbón de mejor calidad, lo que contribuía al aumento de su velocidad. Debemos decir que la campaña naval en el Océano Pacífico fue seguida con interés tanto en América como en Europa. Miguel Bákula (2002) en su magnífico libro dice, que ese interés se debió a que se enfrentaban buques blindados y que muy pronto “las operaciones del Huáscar, bajo el comando de Miguel Grau, recibieron unánimes elogios y homenajes”. Añade a continuación:

Desde que se iniciaron las hostilidades, las grandes potencias redoblaron sus estaciones navales en el Pacífico, y los marinos europeos y norteamericanos fueron testigos directos de muchos de los episodios, al igual que sus oficiales en tierra, de cuyos informes existen abundantes referencias (Bákula, 2002).

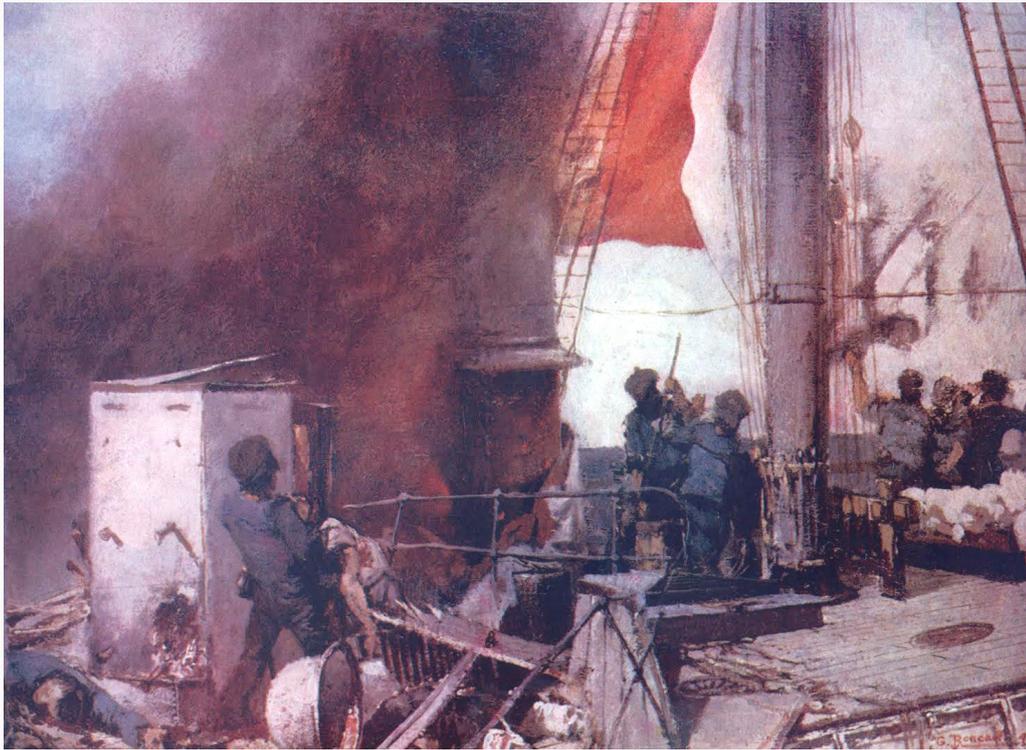
Del mismo modo la prensa extranjera, principalmente inglesa y norteamericana, siguió asiduamente la contienda. El contralmirante e historiador Francisco Yábar Acuña ha efectuado un valioso trabajo recopilando las noticias sobre la guerra aparecidas en el diario New York Times, entre enero de 1879 y julio de 1884. Como vemos se incluyen los prolegómenos de tensión entre Chile y Bolivia. En la introducción de su trabajo, apunta Yábar:

Las incursiones del Huáscar sobre las líneas de comunicaciones enemigas, así como los enfrentamientos que tuvieron lugar antes del combate de Angamos en diferentes puertos, interesan para verificar

la repercusión internacional de estos acontecimientos y confirman que la opinión internacional ponía de relieve y elogiaba los méritos de nuestros marinos y criticaba la inacción de los buques enemigos... En este sentido, el periódico subrayó en un editorial que los buques peruanos, pese a tener menor poder combativo que los buques chilenos, poseían la iniciativa en el mar y que esta actitud trajo la renuncia del ministro de Guerra chileno y una crisis de gobierno.

En lo que la mayoría de periódicos extranjeros estaba de acuerdo era que la guerra duraría muy poco, ya que la superioridad militar y de las instituciones de Chile era inmensamente superior a la de los aliados Perú y Bolivia. Jorge Basadre escribió que los diplomáticos norteamericanos residentes en Lima, Richard Gibbs e Isaac P. Christiancy, así como el almirante John Rodgers, jefe de la Estación Naval de su país en el Pacífico, consideraron desde el primer momento que el Perú sería vencido por su debilidad en el mar. Rodgers, sustentando sus palabras en su experiencia profesional, creyó en una fulminante victoria chilena. Cuando nuestros buques se reunieron en el sur, comentó que era un hábil movimiento estratégico. Ocurriría algo más que lo sorprendió muchísimo: la guerra naval fue estabilizada por Grau y el Huáscar durante cinco meses. Después vino la vertiginosa catástrofe.

Con asombrosa ignorancia y ceguera que no deja de conmovér hasta el presente, la mayoritaria opinión pública limeña deseaba un combate decisivo entre el Huáscar y la escuadra chilena, convencida del triunfo del monitor. Mientras tanto, los buques enemigos se hicieron presentes en Arica el 5 de octubre. Creían que el Huáscar se encontraba allí y, sin darle importancia a las baterías del Morro, habían acordado que los dos blindados se lanzaran contra él para destruirlo en el menor tiempo posible. La escuadra enemiga al no encontrar a su presa permaneció a una distancia que los liberaba de los cañones peruanos. Ya que no habían encontrado al Huáscar buscaron información. Apresaron tres botes de pescadores. Uno estaba tripulado por griegos, el otro por filipinos y el tercero por peruanos. Todos fueron



Combate Naval de Angamos. Oleo de Giovanni Roncagli, comandante de la Marina Real Italiana, 1922.

llevados a bordo de uno de los blindados donde se les sometió a un arduo interrogatorio. Todo indica que obtuvieron algunos datos sobre el rumbo que habían tomado el monitor y la corbeta Unión.

El 6 y el 7 de octubre no se recibieron en Lima noticias del Huáscar. Esto despertó una cierta inquietud pues las andanzas de nuestro buque eran la noticia que abrían las ediciones de todos los periódicos. Para quienes actualmente vivimos inundados de comunicaciones procedentes de todo el mundo, ciertas e incluso “fake news”, transmitidas por la televisión, la radio e infinidad de plataformas digitales, las redes sociales y los medios escritos, puede resultar sorprendente conocer que al momento de la guerra con Chile solo los periódicos eran depositarios de las noticias que llegaban desde el sur gracias al cable submarino y el telégrafo. En Arica estaba el general Mariano Ignacio Prado, Director de la Guerra, y dicho puerto era el punto neurálgico de las comunicaciones con la capital. Poco después de iniciada la contienda los chilenos cortaron el cable submarino cerca de Arica, ocasionando un grave problema que solo se pudo solucionar el 31 de agosto de 1879. A partir de ese momento las comuni-

caciones se hacían gracias al siguiente tráfico: Arica – Mollendo – Chorrillos, donde estaba instalada la base de comunicaciones, y Lima. Poco después, el 8 de setiembre, se restableció el cable Arica – Iquique y, “obviamente”, dice el almirante Carvajal (2004), “quedaba enlazado Iquique – Chorrillos – Lima”.

El 8 de octubre, en su edición de la mañana, que salía al público a las 6.00 am, decía El Comercio:

¿Llegará a tener fin la guerra? He aquí una pregunta que nadie se hacía en los primeros días de efervescencia, y que hoy ocupa y preocupa a todos. El enemigo en el mar es una tortuga con pies de plomo, y nosotros un zancudo sin aquella música anunciadora de la picadura, que solo se siente cuando el mal está hecho. Acometemos a la tortuga, la herimos y fastidiamos, pero no podemos darle el golpe de gracia. La pesadez del enemigo y nuestra debilidad ágil y activa, alejan, pues, toda acción definitiva y concluyente. Ni el uno puede andar ni el otro puede ser cogido; son como dos paralelas que por más que se prolonguen no se encontrarán jamás.



Esa misma mañana las “paralelas” se habían encontrado en Punta Angamos y el Huáscar, solitario y gallardo, bajo las órdenes de Grau, combatía contra toda la escuadra chilena, la “tortuga” blindada de acero que ahora se movía ágilmente descargando andanada tras andanada sobre el monitor que se defendía hasta quedar convertido en un sepulcro flotante jamás rendido.

¿DÓNDE ESTÁ EL HUÁSCAR?

Habían pasado ya varios días en que no se tenían noticias del Huáscar. Un presentimiento que apretaba los corazones, terrible, fue cobrando fuerza en todo Lima. En las Cámaras de diputados y senadores se decidió que sendas comisiones fueran a entrevistarse con el ministro Manuel de Mendiburu Bonet pidiéndole información sobre el monitor. Respondió que no sabía nada. El vicepresidente, general La Puerta, interlocutor casi único de Prado como lo prueba la correspondencia entre ambos, seguía enfermo. Con el evidente propósito de calmar en algo la angustiada espera El Comercio, en su edición de la tarde del día 8, traía esta nota:

El Huáscar y la Unión. Según informes cuya autoridad garantizamos, el Huáscar y la Unión al salir de Iquique para el sur en la madrugada del miércoles 30, llevaban instrucciones para expedicionar en la costa de Chile, y se calcula que no estarían de regreso sino diez u once días después. Este dato induce a creer que nuestros buques no hayan encontrado a los transportes chilenos que quedaron en la costa boliviana mientras los blindados y demás buques de guerra enemigos venían a Arica.

Carvajal (2004) escribe que la primera noticia conocida en Lima sobre el combate de Angamos llegó en un telegrama de Prado a La Puerta, el día 9. Había sido despachado en Arica a las 4.20am y decía: “Ayer regresando el Huáscar y la Unión fueron aconchados por dos divisiones de la escuadra chilena 8.30am. Unión perseguida por tres buques se retiró viendo hasta las 10am combate Huáscar, Cochrane y Blanco”. A las 10.45am Prado despachó un segundo telegrama: “Hoy Rímac llegará a Callao. Ayer a las 10am ha tenido lugar un combate entre

Huáscar, Cochrane y Blanco en Mejillones de Bolivia. Probablemente Huáscar haya sido completamente derrotado. Mando Unión Callao”.

No sabemos si hubo otros telegramas reservados a La Puerta. Era notoria la excesiva cautela de Prado para dar a conocer la trágica noticia. Es posible que se debiera al temor de una violenta reacción de la opinión pública. Por eso seguía dejando un atisbo de esperanza, aunque todos ya sabían que el monitor estaba perdido. En su segunda edición de la tarde, El Comercio dio la terrible nueva:

El cable transmite una noticia cuya gravedad y trascendencia no nos ocultamos, pero que debemos tener suficiente valor para recibir resignados, con tanta tranquilidad como sea posible, sin anonadarnos. Un telegrama oficial recibido de Arica al mediodía de hoy anuncia la probabilidad de que haya sucumbido el Huáscar en un combate con los blindados chilenos. El despacho a que nos referimos comunica que el 8 combatió con el Blanco Encalada y el Lord Cochrane, en Mejillones y aunque solo agrega que es probable la pérdida del Huáscar, debemos estar preparados para lo peor y dar esa pérdida como realizada. Tenemos entendido que el Gobierno ha pedido detalles a Arica.

La mala nueva ha sido llevada sin pérdida de tiempo al Congreso por los miembros del Gabinete, e inmediatamente después hubo una sesión secreta en que suponemos se haya discutido sobre las medidas que conviene adoptar, vista la gravedad del suceso. Solo sabemos que el Congreso, por indicación del Ministro de Hacienda, ha tenido bastante confianza en el patriotismo y la entereza del pueblo para acordar que se publique la noticia.

El telegrama es enviado por el general Prado, en clave, y la traducción da las siguientes palabras: “total derrota probable”; pero debe tenerse en cuenta que esa clave tiene voces convenidas para decir “a pique” y “rendido”, y ninguna de las dos ha sido empleada. En ese mismo despacho se anuncia que la Unión ha salido de



Arica para el Callao en la mañana de hoy, pero no se insinúa siquiera si estuvo o no en el combate de Mejillones. El laconismo con que se transmite esta noticia es horroroso. Suponemos que no se permita en Arica dirigir despachos particulares sobre lo ocurrido, y a esto atribuimos la falta de telegrama directo para “El Comercio”. Pero mientras salimos de tan terrible ansiedad, el patriotismo aconseja resignación, firmeza y fe en los destinos de la República.

Aquí se corrobora la suposición que Prado temía una violenta reacción de la ciudadanía. La trágica nueva fue conocida primero por el Gabinete Ministerial que acudió al Congreso reunido en sesión secreta. Según la nota de El Comercio, fue el ministro de Hacienda y Comercio, Juan Francisco Pazos, quien gestionó que los legisladores autorizaran que se hiciera pública la noticia. El Comercio dio una tercera edición de la tarde tratando de aquietar los ánimos que se exaltaban sobre todo en el ámbito parlamentario.

Un combate reñido, inevitable, entre un pequeño buque armado de solo dos cañones y protegido apenas por un blindaje de dos y medio a cuatro pulgadas, decía El Comercio, y dos poderosos navíos de seis cañones cada uno y con un blindaje de más de nueve pulgadas, debía fatalmente tener un fin siniestro para el primero. Tal es la verdad, no nos forjemos ilusiones. Demos por perdido el Huáscar y venzamos nuestra natural congoja, para sacar fuerzas de nuestra misma flaqueza. En las horas de adversidad se prueban los espíritus y los más fuertes triunfan de la adversidad y se sobreponen a ella. El Huáscar era uno de nuestros principales elementos en la presente guerra, pero no el único, por fortuna. Por el momento no necesitamos sino calma y prudencia. No perdamos el tiempo en peligrosas recriminaciones, en lamentaciones estériles. No miremos atrás; miremos adelante. ¡Que los desastres del pasado en vez de inspirarnos desaliento, nos retemplen y nos den fuerzas para buscar soluciones en el futuro.

La tercera edición del jueves 9 de octubre traía también un editorial, donde decía:

Los telegramas de Arica que hemos publicado en nuestra edición anterior apenas permiten dudar de la pérdida del Huáscar. Una sola esperanza nos resta y confiamos en que el Dios de las naciones, que tan poco propicio se nos ha mostrado esta vez, querrá que no sea defraudada esa esperanza, la de que el monitor peruano haya sucumbido gloriosamente y sin que tengamos que lamentar otras víctimas que aquellas absolutamente indispensables para realzar el cruento sacrificio que la Patria ha exigido a los tripulantes del Huáscar.

Los otros periódicos tenían en sus páginas el texto de los telegramas de Prado y sus comentarios, en líneas generales, eran muy parecidos tratando de atenuar el impacto de la noticia jamás esperada. Perdido el Huáscar, decían algunos con mucha razón, el Perú había perdido la guerra.

En su edición de la mañana del viernes 10 de octubre, El Comercio decía que habían demorado el mayor tiempo posible la salida del periódico esperando noticias del Sur que pudieran dar luz sobre el suceso y sobre lo que había ocurrido con La Unión. Solo pudieron publicar un telegrama de Prado cuyo texto era el siguiente: “Arica, 10 de octubre. Recibido a las 2h.4m. P.M.. Ignórase detalles. En el encuentro tres buques persiguieron a La Unión hasta el anochecer. Prado”. Ese mismo día un editorial de La Opinión Nacional describía el estado de ánimo de la población limeña:

La ansiedad es inmensa, es de todos y de todo instante; los sentimientos más levantados, de esos que muestran toda la grandeza y la energía de un pueblo, se disputan el predominio, ya para inspirar el entusiasmo de la venganza, ya para transmitir el consuelo de la resignación. Esta actitud es un honor y un mandato.

Por su parte el periódico La Sociedad, órgano clerical, aconsejaba calma y resignación “para recibir la noticia, que debemos esperar, de la pérdida



total del Huáscar". La Patria, portavoz del pierolismo, decía que, lamentablemente, habían primado sentimientos personales o de partido y fustigaba duramente al gobierno por su ineptitud. Vale la pena mencionar una curiosa nota, muy significativa, que apareció en El Comercio, decía: "El Huáscar. Casi increíble parece el número de estampas que representan a nuestro blindado, vendidas ayer tarde. Todos querían conservar la efigie del glorioso buque, en cuyo tope se ha ostentado con tanta honra la bandera nacional". Por diversas fuentes sabemos que en muchos hogares limeños las imágenes de Grau y del Huáscar se conservaron en una suerte de altar cívico durante varias décadas incluso del siglo XX.

El sábado 11 de octubre se dio a conocer el texto de la renuncia del Gabinete Ministerial presidido por el general Manuel de Mendiburu desde la cartera de Guerra. Lo acompañaban Manuel Irigoyen, en Relaciones Exteriores; Rafael Velarde, en Gobierno, Policía y Obras Públicas; Mariano Felipe Paz Soldán, en Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia y, finalmente, Juan Francisco Pazos en Hacienda y Comercio. En la parte medular del documento se decía:

En las actuales circunstancias del país, juzgamos un deber patriótico dejar a S.E. el Jefe del Estado en aptitud para que puedan procurarse el concurso de otros ciudadanos que, con más altos dotes, aunque no con mejor decisión y buena voluntad, lo acompañen hoy en las tareas del gobierno.

Al parecer hubo una descoordinación. Los integrantes del Gabinete renunciaron ante el presidente del mismo, quien en el documento que insertamos a continuación, se asociaba a la renuncia provocando así la crisis ministerial. Decía el general Mendiburu:

Exmo. Sr.: Elevo a la consideración de V.E. la renuncia que hacen los señores ministros de Relaciones Exteriores, de Gobierno, de Justicia y de Hacienda, de sus respectivos cargos. A ellas acompaño la mía propia, también con el carácter de irrevocable, porque obedezco a los mismos sentimientos que han motivado la resolución de mis H.H. colegas y porque habiendo sido el Ga-

binete homogéneo y uniforme en sus actos, ideas y propósitos, mi dimisión es una consecuencia lógica e indispensable.

El Gabinete había hecho lo políticamente correcto en estos casos, presentar su dimisión. Durante el tiempo que acompañó al vicepresidente La Puerta, no estuvo a la altura de las circunstancias. No fue un Gabinete compacto, sólido, como debía y tenía que haber sido el Consejo de Ministros de un país que libraba una dura y desigual contienda. En ningún momento hubo la voluntad de lograr lo que por entonces se llamaba "unión sagrada", dejar de lado cualquier tipo de rencillas para volcar todo el esfuerzo en pos de la victoria. No fue así. Las banderías políticas predominaron y el Congreso, en no pocas ocasiones, se convirtió en un Campo de Agramante. Comentando la renuncia del Gabinete, decía El Comercio:

Contando en su seno elementos faltos de prestigio y de iniciativa, pese a las facilidades que le brindó el Poder Legislativo no ha habido actividad, no ha habido fuego en los que estaban llamados de un modo especial a multiplicarse para responder a todas las exigencias de una situación sembrada de dificultades. El país quiere ministros activos, ardorosos, inteligentes y capaces, por todos estos motivos, de satisfacer las exigencias de la actualidad (El Comercio, 1879).

El general Manuel de Mendiburu es un personaje benemérito de nuestra patria. Hombre de limpia espada y de gran erudición, su Diccionario Histórico - Biográfico del Perú, trabajo benedictino y utilísimo, bastaría para recordarlo con admiración y respeto. Cuando en 1879 asumió la presidencia del Gabinete Ministerial tenía 74 años de edad y su salud estaba muy quebrantada, al igual que la del vicepresidente general Luis La Puerta, quien pasaba largas temporadas en cama. Mendiburu no era, pues, el personaje político indicado para ocupar esa posición en un momento tan difícil y complejo. Basadre (1968) cuenta que luego de la dimisión su colega de Gabinete, el historiador Mariano Felipe Paz Soldán, quien había ocupado la cartera de Justicia, juzgó severamente la actuación de Mendiburu:



El ministro de Guerra, general Mendiburu, organizaba las tropas que se remitían a Lima de los demás departamentos; pero ni su armamento ni su equipo correspondían a las exigencias del nuevo sistema de guerra, ni el ministro se preocupaba en lo menor de mejorarlos a pesar de las disposiciones acordadas en el Consejo con tal fin y aún de las reiteradas increpaciones de sus colegas que observaban la punible desatención u olvido en que incurría de las más urgentes de estas providencias. El ejército de Arica apenas merecía su atención con insignificantes remesas de artículos de guerra; no se quería aumentar su número, aún cuando en la capital existían fuerzas bastantes para enviar un refuerzo de tres o cuatro mil hombres sin mayor riesgo desde que los veloces transportes Chalaco, Limeña y otros estaban ya acostumbrados a burlar y capear al enemigo...

Estas palabras tienen gran importancia ya que no proceden de un libelista sino de una persona de alta solvencia intelectual y moral, como fue Paz Soldán. El país entero vivía pendiente de las correías de Grau y el Huáscar con la errada convicción mayoritaria que podríamos ganar la guerra. ¡Trágico espejismo! Grau, pese a los desencuentros que tuvo con el presidente Prado, le dio al Perú un tiempo invaluable para mejorar su situación bélica en tierra, pero lamentablemente una vez más fuimos el país de las ocasiones perdidas. Mientras tanto, el vicepresidente La Puerta, enfermo, confundido, más titubeante que nunca, optó por no aceptar la renuncia. Mendiburu la reafirmó tajantemente. La situación iba tomando un cariz cada vez más confuso. En plazas y calles se escuchaban voces de protesta. Se acusaba al gobierno por la pérdida del Huáscar. El 16 de octubre, La Puerta nombró presidente del Consejo de Ministros al general Manuel González de La Cotera, quien asumía la cartera de Guerra. Este general piurano era valeroso y turbulento. Había estado en el sur donde tuvo un altercado con el general Juan Buendía, quien lo obligó a regresar a Lima. Tenía buena formación castrense, adquirida en Europa, pero no sabía ni entendía nada de política. Su carácter dominante y altanero le generaba

muchas antipatías. La Cotera formó Gabinete con Juan E. Guzmán, en Relaciones Exteriores, quien asumió también, provisionalmente, el despacho de Gobierno; en Justicia estaba el doctor José Viterbo Arias, encargado del ministerio de Hacienda. Era un Gabinete improvisado, incompleto, que la opinión pública juzgó con severidad. Duró apenas ocho días. El doctor Arias no pudo manejar el ministerio de Hacienda ni ponerse de acuerdo con los líderes políticos del Congreso. Renunció el 28 de octubre y lo propio hizo Guzmán. La Cotera estaba solo y el caos aumentaba. Entonces se pensó en Nicolás de Piérola. Conviene conocer algunos antecedentes sobre el particular ya que, a través del tiempo, muchas personas han juzgado, con ignorancia o ligereza, la actitud del caudillo que combatió con las armas en la mano los regímenes de Manuel Pardo y de Mariano Ignacio Prado.

EL REGRESO DE PIÉROLA

El 16 de abril de 1879 desembarcaba en el Callao Nicolás de Piérola acompañado de su familia. Venía de Valparaíso en el mismo barco que trajo a José Antonio de Lavalle, cuya misión pacificadora había fracasado. Para Piérola terminaba un exilio de seis años, interrumpido por tres breves aventuras revolucionarias (noviembre y diciembre de 1874, septiembre y octubre de 1876, mayo de 1877). Antes de embarcarse en Valparaíso había remitido al general Prado el siguiente cablegrama: “Señor Presidente del Perú. Marcho hoy a Lima con mi familia para ponerme, como peruano, a órdenes del Gobierno”. En Lima fue recibido por una manifestación de aproximadamente ocho mil personas. Ingresó a Palacio de Gobierno y se entrevistó con el general Prado con el fin de confirmar, de palabra, lo que ya había dicho en el cablegrama, reiterando así el ofrecimiento de sus servicios. Prado lo invitó a que saliera a un balcón de Palacio de Gobierno pues había una multitud reunida en la Plaza de Armas. Piérola dijo:

La República de Chile ha contado para declarar la guerra al Perú y dar un escándalo a la América toda, en la creencia de que los peruanos estábamos divididos; pero no es así. Me complazco en reconocer y declarar a nombre mío y del pueblo de Lima, que hoy no existe tal división, que hoy to-



dos estamos unidos, y que unidos iremos al campo de batalla. Yo propongo un viva a Lima, viva el Perú, viva el Gobierno, al que debemos estar todos unidos.

El 5 de abril de 1879 se declaró la guerra y, poco después, Prado viajó a Arica para dedicarse exclusivamente a los asuntos castrenses. El gobierno quedó en manos de dos ancianos honorables, pero valetudinarios. Se decía, incluso, que el vicepresidente Luis La Puerta tenía “extravagancias” que nos hacen pensar que adolecía de locura senil. El Congreso, ante la ausencia de dinero, había autorizado la emisión de billetes, pero La Puerta vetó dicho proyecto. Los precios de los comestibles de primera necesidad aumentaban diariamente y no había forma de pagar al ejército. Dice Basadre (1948) que se descubrieron graves irregularidades en el Banco Nacional del Perú, que quebró luego de efectuar emisiones fraudulentas de billetes. José María Quimper, quien fue ministro de Hacienda en el Gabinete Mendiburu, se había negado a comparecer ante el Congreso para responder sobre este asunto. Fue censurado al mismo tiempo que renunciaba. Debemos retrotraer nuestra narración en el tiempo. Al dimitir el Gabinete Mendiburu, el general La Puerta llamó a Nicolás de Piérola para que formara uno nuevo. La situación de don Nicolás era personalmente muy difícil, pero terminó aceptando con la condición “que se le dejara la libertad de proponer a sus colegas”. Tal pedido era absolutamente razonable y constitucional, pero La Puerta asediado por diversas personas no aceptó.

Volvamos ahora al 28 de octubre cuando La Cotería intentaba formar un nuevo gabinete. Fueron llamados Manuel Irigoyen, Rafael Velarde y Ramón Ribeyro. Sobre las tres de la mañana del día 29, un edecán fue al domicilio de Nicolás de Piérola, quien se encontraba durmiendo, para hacerle entrega del nombramiento de ministro de Hacienda. Antes de las 8 de la mañana Piérola se dirigió a La Cotería, mediante un oficio, donde le decía:

Yo no puedo explicarme cómo Ud. haya podido proponerme para aquel cargo ni cómo espera S.E. que lo acepte después de haber sido llamado por él hace una semana con el objeto de formar un ministerio,

encargo que, aceptado por mí, quedó frustrado precisa y únicamente por no dejármese la libertad de proponer a mis otros colegas.

Piérola, en otra parte de dicho texto, exigía “unidad y vigor en la dirección de los negocios públicos”. Rafael Velarde tampoco aceptó la cartera que se le ofrecía. La crispación aumentaba por momentos. En esa época las oficinas de todos los ministerios estaban en Palacio de Gobierno. Para completar el desconcierto y los siniestros rumores que corrían, La Opinión Nacional, periódico gobiernista, ese 29 de octubre publicó un suelto que decía:

La señora Magdalena Ugarteche de Prado, ha resuelto partir hoy para Arica, para asistir a su esposo, cuya salud ha sufrido algún quebranto, según últimas noticias. Va sola, es decir, sin sus hijos y familiares, que quedan en Lima; la acompaña su hermano, don Pedro Ugarteche. Sabemos que regresará próximamente. La enfermedad del general Prado no es de cuidado (La Opinión Nacional, 1879).

Finalmente, esa noche quedó formado un Gabinete con personalidades de comprobada competencia. Lo presidía el general La Cotería e integraban Manuel Irigoyen, Alejandro Arenas, en la difícilísima cartera de Hacienda, Aurelio Denegri y Ramón Ribeyro. Este gabinete duró sólo 24 horas, Irigoyen, Ribeyro, Arenas y Denegri, dimitieron. El motivo era obvio: no pudieron ponerse de acuerdo en asuntos elementales. Entonces tuvieron la honestidad de renunciar. Además, La Cotería actuaba con palabras y ademanes dictatoriales que no quisieron aceptar. La Cotería quedaba en el aire. Ya en el colmo de la inestabilidad y sin dinero en la Caja Fiscal, el día 1° de noviembre hubo Gabinete. La Cotería seguía en Guerra; Rafael Velarde, en Relaciones Exteriores; Buenaventura Elguera, en Gobierno; Adolfo Quiroga, en Justicia e Instrucción y José María Quimper volvía a Hacienda. Como ya se dijo, en su anterior gestión Quimper había tenido violentos enfrentamientos con el Congreso. En esta oportunidad el Poder Legislativo estaba en receso. Quimper trabajó con energía y acierto pudiendo aliviar en algo la situación económica del país.



EL TRÁGICO NOVIEMBRE

Perdido el Huáscar en Angamos, los chilenos quedaron dueños absolutos del mar. Comenzó entonces la campaña del sur, llena de infortunios, donde solo asoma como solitario relámpago de heroísmo y gloria el triunfo de Tarapacá. En la Quebrada de Camarones los efectivos bolivianos al mando de Hilarión Daza desertaron regresando a su país. Quedábamos solos ante un adversario cada vez más organizado y poderoso. Fue entonces que las gentes de nuestro país tomaron dolorosa conciencia de los desastres de la guerra. Desapareció la esperanza que por cinco meses mantuvieron viva Grau y el Huáscar. Las campanas de los templos ya no volverían a tener repiques gozosos y ahora solo tañían lúgubrementemente. Se sentía la angustia ante una invasión inminente. En una palabra, se despertó violentamente del estado de ensoñación colectiva para enfrentar una durísima realidad. El 2 de noviembre un decreto declaraba en Estado de Asamblea a los departamentos de Lima e Ica, así como el puerto del Callao. De acuerdo a la Constitución de 1860, vigente en ese momento, una población en Estado de Asamblea obligaba a que todos los hombres tomaran las armas en momentos de peligro y se debía tomar las providencias “para salir de él”. El 26 de noviembre el general Mariano Ignacio Prado designó al contralmirante Lizardo Montero Jefe Superior, Político y Militar de los departamentos del sur. Un marino quedaba al frente del ejército peruano que se retiraba a través del desierto; debía buscar formas de resolver una situación desesperada donde se carecía de todo. Mientras tanto Prado y una pequeña comitiva se embarcaban en el vapor Lima, en demanda del Callao. Al pasar por Pisco, Prado ordenó que se enviara un telegrama a La Puerta donde le decía “que no se ocultara su llegada”. Lo cierto es que se procuró mantener la noticia solo dentro de un círculo muy restringido.

Refiere Paz Soldán (1879) que Prado bajó del ferrocarril que tomó en el puerto y lo trajo a Lima y solo recibió el saludo formal de las autoridades. Luego caminó hasta su casa pasando por calles con abundantes personas que guardaban el más absoluto silencio. Sabemos que el silencio puede interpretarse de muy variadas formas. En este caso fue

tenso, muestra de rechazo, desaprobación. Dice también Paz Soldán que entre las personas que fueron a recibirlo estuvo Nicolás de Piérola quien, sin duda, con ese gesto quiso dar una nueva muestra de unidad nacional. En su edición del 29 de noviembre decía La Opinión Nacional:

El viaje a Lima del General Prado, mantenido en reserva durante las primeras horas del día, es ya un hecho público y se trata de investigar sus causas. No pueden ser otras, y en ello convienen todos los que poseen el secreto, que acordar lo más conveniente con los hombres llamados a procurar los recursos que exige la nueva campaña. Tal objeto es plausible, porque va a poner término a un aislamiento, que bastante hemos deplorado, y que en realidad ha dado origen a serias contrariedades. Creemos que terminada esa labor indispensable y premiosa, el Director de la Guerra cumplirá sus deberes de soldado, reparando los desastres que acabamos de sufrir.

El presidente de la República pudo ser testigo de la situación en que se encontraba Lima. El desaliento no podía ser más grande. La crisis económica tocaba fondo con la pérdida de las salitreras. Prado sabía que el ejército que había dejado en manos de Montero estaba exhausto. De los bolivianos era mejor no hablar. Fue en estas circunstancias que convocó a Nicolás de Piérola. Era el 1 de diciembre. No hubo testigos del encuentro entre ambos hombres, pero se dijo que Prado, sin que mediara preámbulo, le ofreció la presidencia del Consejo de Ministros con amplia libertad de acción. Piérola no aceptó y, pocos minutos después, abandonó Palacio. Para que no quedaran dudas sobre el motivo de su negativa, don Nicolás publicó una larga carta en La Patria, sin duda apasionada y dura, pero era un buen diagnóstico de la situación en que se encontraba el país. Veamos parte del texto:

Señor director de La Patria. Estimado señor y amigo: Vuelto el General Prado a Lima, después de un nuevo, injustificable y no explicado desastre, mi negativa a organizar un gabinete bajo la presidencia de dicho señor ha dado origen a la malevolencia de unos pocos y a la irreflexión de



muchos, para hacer los más desatinados y caprichosos comentarios.

Pasaría, como he pasado hasta hoy, en silencio sobre ellos, si solo llevaran daño a mi persona; pues creo haber demostrado que no sé acordarme de mí cuando se trata de la patria. Pero como todos esos comentarios concurren en la afirmación de que, a mi juicio, la situación es desesperada, siendo esta la causa de negarme a afrontarla, lo que indudablemente daña inmensamente al Perú dentro y fuera, debo una terminante declaración al país; y voy a darla, cueste lo que cueste, con toda la resuelta impavidez que la solemnidad del instante me reclama. Si jamás es lícito faltar a la verdad, hay momentos en que debe ser dicha toda entera, y en la que todo silencio es una culpa. Fui llamado por el señor General Prado para organizar, con toda libertad, un gabinete. Me negué inmediata y terminantemente a ello; pero fundando mi negativa en una exposición, tan franca como jamás ha podido ser hecha en la que nada ha quedado reservado, y acompañándola de lo que a mi juicio debería ser por él ejecutado.

A continuación, Piérola detallaba ocho largos puntos, que resumiré de inmediato:

1. Los contrastes sufridos eran fruto no solo de los hombres que habían estado al frente del país sino del régimen en el cual se vivía y que Piérola había combatido duramente
2. Si se mantenía ese régimen era imposible salvar el país.
3. Tanto Prado como el general La Puerta ya no tenían nada que hacer al frente del gobierno en esas circunstancias.
4. Durante ocho meses Piérola había estado al servicio del país organizando un cuerpo de ejército y nadie había solicitado seriamente su apoyo.
5. No existía legalidad sino un remedo de ella para que unos hombres se mantuvieran en el poder.
6. Se había resignado meses antes a aceptar la presidencia del Gabinete, pues se creía que la invasión de Lima era inminente.
7. Don Nicolás señalaba que para un pueblo que tenía fe y resolución de salvarse, no había jamás situaciones desesperadas.
8. Él no se había negado a servir al país, sino a dos cosas. Una era buscar un cargo para él sin ser llamado y, la otra, aceptarlo sin contar con los medios para poder actuar por el bien del país. Concluía la misiva con estas palabras: “Esta es la verdad de las cosas. La estampo en esta carta, sin otro móvil que la salud del Perú y por nuevo y muy costoso que sea el sacrificio que ello me impone”.

El Gabinete ministerial había renunciado. Prado no tuvo más remedio que ratificarlo, aunque era obvio que la actitud de sus integrantes hacia él, comenzando por La Cotera, era de completa desconfianza, por decir lo menos. Desde Arica llegaban telegramas y cartas enviados por Lizardo Montero anunciando solo nuevos desastres. Prado estaba solo. Lo que más temía era que se produjera una revolución. Pasaban los días y pudo experimentar en su grado más duro y dramático la soledad del poder, ese trance desolador, “que con frecuencia precede a la toma de decisiones trascendentales de gobierno, cuyos efectos resultan generalmente duros para la sociedad”. El día 18 de diciembre, sigilosamente, Prado viajó al extranjero. Este asunto, con diversos adjetivos, fue duramente tratado por los diversos periódicos existentes en ese momento en Lima y el Callao. El Comercio fue severo en sus apreciaciones ya que no cabía disculpa alguna para abandonar el país en esas circunstancias.

Una vez más el Perú quedaba en manos del valetudinario general La Puerta. El coronel Pablo Arguedas se amotinó contra La Cotera y unificó los efectivos de su batallón con el que había formado Piérola con el nombre de Guardia Peruana. Poco



después la guarnición de Lima reconoció a don Nicolás como Jefe Supremo y todo el país hizo lo propio. Piérola declaró la Dictadura. Vale la pena resaltar un hecho. Todos los jefes del ejército y la marina que se encontraban en la capital, y también Montero, se subordinaron a Piérola, lo acompañaron a lo largo de 1880 en los preparativos para la defensa de Lima y se batieron gallardamente en las trágicas jornadas

de San Juan y Miraflores. Incluso siguieron brindándole su respaldo cuando Piérola instaló el gobierno del Perú en Ayacucho. Piérola, pues, no derrocó a un régimen que estuviera dirigiendo la guerra, sino a uno que estaba paralizado por el caos y los desastres bélicos. Piérola asumió el gobierno en el momento más aciago y, con todos los errores estratégicos que sin duda cometió, hizo lo posible para que Lima, tildada como ciudad frívola, la “Sultana de América”, demostrara que sus hijos tenían sobrado valor y patriotismo para verter su sangre en su defensa. De este modo la captura de la capital por el enemigo no fue fácil, tuvo que vencer una desesperada resistencia que le costó numerosas bajas. Jamás Lima fue una ciudad abierta.

GRAU, LÍDER SOLITARIO

Si paseamos la vista por todos los personajes peruanos que política o militarmente dirigieron la guerra con Chile, podemos advertir que no hubo en el gobierno, ni tampoco en el ejército, un líder, un conductor, un guía. La guerra, todos lo saben, no solo se libra con las armas. Los gobiernos de los países beligerantes asumen un papel protagónico fundamental, lo mismo que la población civil. En este caso los jefes del Estado del Perú y de Bolivia eran militares: los generales Mariano Ignacio Prado e Hilarión Daza, respectivamente. Ninguno de los dos había estudiado en una academia castrense. Prado llegó a tan alto cargo gracias a la marea política de las revoluciones que abundaron en nuestra patria. Era huanuqueño, de clase media, con cierta cultura, aureolado por el triunfo del 2 de Mayo de 1866. Tenía gran visión para los negocios que emprendió exitosamente en el Perú y Chile. Sus viajes a Europa le habían dado un barniz cosmopolita. Daza, tenía un origen modestísimo, carecía por completo de cultura, pero, a cambio, era poseedor de facultades físicas poco comunes. Eran muy conocidas las anécdotas sobre su enorme fuerza física y su capacidad de poder cabalgar durante muchas horas sin muestras de fatiga. Llegó a general en el tráfago de los “gobiernos orgiásticos” de su patria, como los denominó certeramente Jorge Basadre. Nunca había salido de Bolivia y solo lo hizo a causa de la guerra con destino al Perú, más concretamente, a Arica. Ninguno de los dos pudo impedir los desastres del sur.





Miguel Grau ya había dado muestras muy cumplidas de su liderazgo cuando se produjo la rebelión de los hermanos Tomás, Silvestre, Marceliano y Marcelino Gutiérrez. Fiel a su talante, después del ascenso de Manuel Pardo a la presidencia, volvió a sus actividades habituales sin solicitar prebenda alguna. Él consideraba que simplemente había cumplido con su deber. Iniciada la campaña naval, sobre todo a partir del 21 de mayo, el Perú y el mundo conocieron la caballerosidad y nobleza de Miguel Grau con los vencidos. De allí en adelante fue creciendo la figura del comandante del Huáscar dando muestras de su intrepidez para afrontar riesgos con serenidad y acierto. Cuando la prensa nacional e internacional lo colmó de merecidos elogios, Grau los asumió con su habitual sencillez. Mientras más difíciles eran los problemas que debía resolver en solitario, mayor fue su firmeza.

Grau tuvo que ceñirse a las órdenes impartidas por Prado que era el Director de la Guerra. Sabemos que discrepó de muchas de ellas, pero las cumplió como buen marino rindiendo culto a la disciplina. Sus conocimientos náuticos le permitieron tomar siempre la iniciativa desconcertando al poderoso enemigo. Grau era hombre de acción y se interesaba personalmente por cada uno de los miembros de su dotación procurando para ellos las vituallas necesarias. No fue impulsivo, los riesgos que asumió estaban previamente muy estudiados. Grau, en suma, fue un gran líder. Él y su buque hicieron la guerra y, como ya he dicho en otras oportunidades, desperdició las esperanzas de los peruanos que se hundieron para dar paso a la cruda realidad después del holocausto de Angamos.

La inacción del gobierno de La Puerta en Lima y de Prado en Arica, durante los cinco meses que duró la campaña naval, es incomprensible. Recién cuando se perdió el Huáscar se efectuó una importante colecta pública para comprar un buque que llevaría el nombre de Grau. Ya era tarde, demasiado tarde. Una fuerza naval no se improvisa, es obra de tiempo, esfuerzo y conocimiento. Para los peruanos es muy dolorosa la historia de la guerra con Chile y nos ha dejado, junto con el orgullo del heroísmo de Grau, Bolognesi, Ugarte, Cáceres y muchos más, la muestra que efectivamente

nuestro país perdió ocasiones muy importantes de convertirse en una nación en forma, apelando otra vez a lo dicho por Basadre. Hubo mucha indolencia, egoísmo, atolondramiento, pero, todo hay que decirlo, no hubo cobardía.

A lo largo de más de un siglo, Grau ha sido colmado de elogios y homenajes de propios y extraños que se han inclinado, reverentes, ante su gloria en la guerra y sus virtudes cívicas en la paz. Su vida, que fue dura y triste en varios períodos, fue al mismo tiempo ejemplar y, por eso, Grau es el Peruano del Milenio, el Caballero de los Mares y otros honrosos títulos que resaltan sus virtudes. Ya en la parte final de este artículo, creo pertinente a guisa de colofón, recordar las palabras de don Jorge Basadre (1978) pronunciadas en su notable discurso de incorporación como Miembro de Número del Instituto de Estudios Histórico - Marítimos del Perú:

Vana sería ante la figura de Grau cualquier tentativa que para capitalizarla hicieran las jaurías de las pasiones políticas o los fanatismos de las ideocracias. También las divisiones sociales resultan en este caso superadas por la hondura, la permanencia, la autenticidad fundamentales de los valores humanos aquí visibles y que incluyen, entre otros elementos, el sentido de la dignidad ante el peligro y la muerte, el desprecio sistemático del provecho utilitario, el ordenamiento de la conducta de acuerdo con los imperativos de la buena conciencia. Muchas cosas cambiarán, muchas cosas deben cambiar en el Perú, pero no la gloria de Grau.

REFERENCIAS

- Arguedas, Alcides. Historia General de Bolivia. La Paz. Gisbert y Cía. 1975.
- Bákula Patiño, Juan Miguel. (2002). Perú, entre la Realidad y la Utopía. 180 años de política exterior. Lima: Fondo de Cultura Económica – Fundación Académica Diplomática del Perú. 2002. Tomo I.
- Barros, Mario. Historia Diplomática de Chile. 1541 – 1938. Barcelona, Editorial Ariel. 1970.
- Basadre, J. (1948). Chile, Perú y Bolivia independien-



- tes. Barcelona: Salvat Editores.
- Basadre, J. (1948). 5 de abril de 1879. Historia: Revista Bimestral, 1(4), Setiembre-October. Lima.
- Basadre, J. (s/a). Historia de la República del Perú. 1822 – 1933 (Sexta ed., Vol. VIII). Lima: Editorial Universitaria.
- Basadre, J. (1978). Los textos de Roca y Boloña, Gonzáles Prada, Riva – Agüero, Porras y Bustamante y Rivero sobre Grau: Un ensayo de sociología histórico – literaria. Revista del Instituto de Estudios Histórico – Marítimos del Perú, (1), Enero – Junio. Lima.
- Carvajal Pareja, M. (2004). Historia marítima del Perú. La República. 1879 – 1883 (Tomo XI, Vol. II). Lima: Cobol S.R.L.
- El Comercio (1879). Lima, Perú: Editorial El Comercio.
- García Belaúnde, V. A. (2021). Cartas de guerra y gobierno. Epistolario Mariano Ignacio Prado – José Luis Quiñones 1865 – 1879. Lima: Asociación Civil Mercurio Peruano.
- La Opinión Nacional (1879). Lima, Perú.
- La Patria (1879). Lima, Perú.
- López Martínez, H. (1980). Notas sobre Grau y otros temas de la Guerra con Chile. Lima: Ministerio de Marina.
- López Martínez, H. (1989). Guerra con Chile. Episodios y Personajes 1879 – 1885. Lima: Librería Editorial Minerva.
- López Martínez, H. (1990). Julio Octavio Reyes, corresponsal de La Opinión Nacional a bordo del Huáscar. Lima: Imprenta Desa S.A.
- López Martínez, H. (2012). Miguel Grau, marino y ciudadano. Lima: Universidad Alas Peruanas.
- López Martínez, H. (2023). Miguel Grau y Aurelio García y García, una relación complicada. Revista de Marina, 116(4), Suplemento.
- López, J. (1979). Historia de la Guerra del Guano y el Salitre o Guerra del Pacífico entre Chile, Bolivia y el Perú. Lima: Editorial Milla Batres.
- Martínez, C. (1986). El legado de Miguel Grau en sus cartas y otros documentos. Lima: Munilibros.
- Mc Evoy, C., & Cid, G. (2023). La Guerra del Pacífico. Instituto de Estudios Peruanos.
- Paz Soldán, M. F. (1879). Narración histórica de la guerra de Chile contra Perú y Bolivia. Lima, Perú: Imprenta de "La Opinión Nacional".
- Villalobos, S. (2002). Chile y el Perú, la historia que nos une y nos separa 1535-1883. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.